

Ya somos vanguardistas

QUE haya en Montevideo dos personas que seleccionen textos de alto nivel literario, los preparen bajo la forma de espectáculo teatral, arrienden un teatro, gasten dinero en el montaje y ofrezcan gratuitamente al público posible todo esto, es empresa fascinante, entre sublime y grotesca, que en mí causa una indefinible simpatía. Es el Teatro Uno cuyos espectáculos yo nunca había visto —y me dicen que los hubo horribles— que tiene algo de quijotismo irreal, como a contrapelo de las necesidades más perentorias y auténticas de un determinado medio social, y que ni siquiera dispone de una élite afín para cuyo solaz se justifique este ingente esfuerzo. Difícil saber a qué reclamo profundo obedece este esfuerzo, pero difícil mismo reprobar a quienes saben del valor de algunos textos deslumbrantes y entre nosotros todavía poco conocidos, como *Una temporada en el infierno* de Rimbaud o *El peso nervios* de Antonin Artaud, sin contar un fragmento admirable de Samuel Beckett.

En el hall del teatro las tres grandes fets —el Rimbaud más joven y más puro, el Artaud más torturado, el Beckett con su ojo lancinante de gallo de riña— anunciaban lo que pomposamente se titulada *El infierno* y que se ofrecía en una de esas tardes de repentino verano en que todo Montevideo cae, como decía Baudelaire, en el engaño demoníaco de que el demonio no existe, y va en masa a entregarse a la sensualidad gozosa, epidémica, del mar y de las playas. Mientras los sentidos gritaban gozosos en la ciudad, un pequeño público —algunos adeptos y algunos distraídos— se encerraba en el Verdi a celebrar algo que es bastante difícil designar como "infernial", a pesar de las declaraciones programáticas que acompañaban el espectáculo.

La recitación de textos, mínimamente dramatizados por dos actores que intervienen en forma simétrica, no es una solución muy original ni muy llamativa, sobre todo cuando se aplica a un texto que sólo puede seguirse auténticamente en la lectura personal, tal *El peso nervios*: ni es legítima la declamación alterna, repetida, ni es legítima la conexión entre Rimbaud y Artaud, ni es Resurrección un actor dotado para esa tarea, ni es el montaje, a pesar de la excelente banda sonora (Varese), suficientemente inventivo. Rimbaud rindió más alto dividendo: el texto tiene un dramatismo personal, confesional, y hasta declamatorio —que Cerminara aprovechó con brillo— que justifica más la dición teatral. (Pero cuán puro, transido, y hasta cándido, resulta, desde la perspectiva de hoy, ese desenso infernal que un muchacho genial, de sólo dieciocho años, intenta al pretender afirmar como sagrado el desorden de su espíritu). La abreviación del texto le hizo perder sus mejores momentos —los poemas— y curiosamente el adaptador resultó más pudoroso que el autor.

El texto incompleto de Beckett es de los más vivaces —no es mucho decir— del irlandés, donde el dramatismo de la caducidad, de la incomunicación, de la soledad y la inutilidad de la cultura, arden con acento desesperado. La interpretación de Cerminara fue de un sostenido rigor, excesivamente vibrante muchas veces, prefiriendo sustituir las pausas por una tensión angustiada, joven y rebeldía, y alcanzando momentos lancinantes, éos donde se revela el abismo creativo, original y fascinante de Beckett. Excelente trabajo de actor.

No está mal —índice de algún crecimiento de la ciudad— que Montevideo tenga su pequeño núcleo experimental. Pero desde ya conviene advertir, teniendo en cuenta algunos planes anunciados y las formas que reviste el espectáculo que comentamos, que su experimentalismo es poco original e inventivo y demasiado mimético de corrientes extranjeras ya clasificadas y aceptadas. Después de Artaud, hemos tenido todo el letirismo, y Dauwal, y el poema-objeto, y la literatura diferente y las nuevas formas operativas de la ciencia ficción y el teatro negativista, y los intentos beatniks, etc., etc. Aún en la vanguardia los uruguayos somos de una meditación ejemplar, sin contar que nuestra aportación propia es inexistente: simple remedo a veces de lo que ya ha entrado a los programas de literatura o al circuito teatral comercial.

A. R.